

La conferencia de clausura, a cargo del escritor Juan Villoro, intitulada “«Adivine, equívóquese». Los cuentos de Juan Carlos Onetti”, es un sugerente texto que expone los vasos comunicantes que es posible hallar entre la narrativa corta de Onetti y la obra de autores importantes como Kawabata, Chéjov, Hemingway, Conrad, Arlt, Borges, entre otros. El autor mexicano explica que los cuentos del escritor uruguayo están hechos de “una sustancia frágil y resistente, como la lluvia que cae sin destruir nada, arruinando un poco las cosas, para que haya tristeza y vida” (p. 275).

En síntesis, los ensayos críticos reunidos en *Presencia de Juan Carlos Onetti* muestran varios modos posibles de analizar una obra latinoamericana moderna y dejan ver que la relación lector-autor, con la crítica como intermediaria, “se consolida, pero jamás se agota”, como dice Aínsa (p. 28). Este tipo de ejercicios críticos –plurales, abiertos– es lo que distingue a una obra literaria (y a sus críticos).

JUAN MANUEL BERDEJA
El Colegio de México

JOSÉ MARTÍNEZ TORRES, *Opacidad y transparencia. La primera narrativa de Carlos Fuentes ante la crítica*. Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Chiapas-Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2010; 226 pp.

A juzgar por el título de este trabajo de Martínez Torres, el lector tendría que encontrarse con una revisión de la respuesta crítica a los dos primeros libros de un autor prolífico en páginas que demanda mayores precisiones al momento de establecer las fronteras metodológicas de un estudio como el que se propone. A pesar de que Martínez alude, por lo menos en un par de ocasiones, al libro de cuentos *Los días enmascarados* (1954), su interés se centra en la recepción que *La región más transparente* tuvo en la prensa literaria mexicana, sobre todo en la publicada en la Ciudad de México, durante el primer año de vida de la obra, decisión que le permite resaltar algunos aspectos de esa recepción temprana, como el inusual éxito de ventas de la novela durante 1958, su rápida traducción al inglés o la polarización que suscitó en un medio crítico donde la innovación era la consigna más reiterada.

Martínez anticipa que la investigación propuesta se basa en los aportes de tendencias como la hermenéutica de Hans Georg Gadamer, la estética de la recepción, el estudio del texto literario como objeto comunicativo (incluidas sus periferias no propiamente textuales), que expone Gérard Genette en *Palimpsestos* y el análisis del campo literario en *Las reglas del arte*, de Pierre Bourdieu. Así, pues, la inda-

gación sobre la respuesta crítica ante una obra como la de Fuentes se presenta aquí como un conjunto de reflexiones donde es necesario tener presentes las condiciones que rodean el fenómeno literario para alcanzar la comprensión de su posicionamiento en el canon de la literatura mexicana.

En las primeras páginas, se hace una revisión muy breve de los antecedentes históricos y sociales de la vida en México, en especial, de la atmósfera urbana. Aunque la información es relevante, se aprecia en ella cierta fragmentariedad que no alcanza a articularla por completo con respecto a la entrada en materia propiamente dicha. A pesar de que la relevancia del ámbito urbano es obvia y los apuntes aludidos ofrecen algunos aspectos que definen la composición de lugar *ad hoc* al escenario de *La región más transparente*, la transición entre los primeros apartados es demasiado notoria, pues los datos se enumeran de forma anticipada cuando, en realidad, lo natural sería partir desde la novela para justificar e integrar la aparición de estos datos en el estudio.

Martínez nota que, en correspondencia con la aparición de la novela de Fuentes, el discurso de nostalgia, en torno a la pérdida de las dimensiones originales de la Ciudad de México y su respectiva planeación urbana, ocurre justo en el momento en que concluye la fase más destructiva del crecimiento, por lo menos en el núcleo primigenio que equivale al actual Centro Histórico. Para dar referencia a algunos datos sobre el ambiente citadino y su evolución, Martínez cita un fragmento de *La sombra del Caudillo*, con lo cual queda en evidencia que *La región más transparente* no es la primera novela mexicana que tiene como escenario la Ciudad de México. Esa dificultad, al trazar una frontera tajante para distinguir la particular tradición de la novelística urbana con la que podría identificarse la novela de Fuentes, respalda las afirmaciones presentes en gran parte de las reseñas y notas críticas a las que el libro pasa revista.

Esta primera parte del estudio también presenta una breve descripción de los antecedentes de la narrativa de vanguardia, que Martínez estima fundamentales para la novela de Fuentes, entre los cuales destacan *Ulises* y *Mientras agonizo*. En el primer caso, para Martínez la novela de Joyce es un precedente claro del aprovechamiento de discursos heterogéneos y sus versiones paródicas, de amplias digresiones y de la inclusión de fragmentos ensayísticos en las páginas de *La región más transparente* que la crítica no siempre juzgó afortunada, especialmente por tratarse de incursiones muy explícitas en el tema de la identidad mexicana. En el segundo caso, Martínez identifica la novela de Faulkner como el modelo más cercano a la utilización que hace Fuentes del flujo de conciencia en la expresión de sus personajes, otro elemento innovador que la crítica desautorizó en su primera novela.

Martínez proporciona información sobre el establecimiento y los primeros años de funcionamiento del Centro Mexicano de Escritores para esclarecer la trayectoria de Fuentes. Su perspectiva, sin embargo,

parece tener presentes los años posteriores de la institución, pues otorga un protagonismo a Felipe García Beraza que éste sólo pudo haber adquirido con el paso de los años, pero que sin duda se produciría tras la renuncia de Ramón Xirau a su cargo de editor del boletín bimestral del CME, *Recent Books in Mexico*, que ocurrió en 1964 después de un desacuerdo con Margaret Shedd, fundadora y directora del Centro. La lectura de este apartado inicial de la segunda parte del libro podría dar al lector no avezado en la historia del CME la impresión de que García Beraza tuvo siempre un papel preponderante. Tal vez, en este aspecto, Martínez se haya dejado llevar por su propia experiencia como becario en un momento en el que, en efecto, García Beraza era el máximo responsable administrativo del CME. Un rasgo que el autor destaca como excepción del funcionamiento fallido del intercambio entre becarios mexicanos y estadounidenses del Centro es la sinergia entre el autor de *La región más transparente* y Samuel Hilman, traductor al inglés de dicha novela. No se trata, en sentido estricto, del único caso en el que la institución cumplió con sus objetivos de difusión e intercambio más allá de su propio espacio físico —aunque sí fue el más exitoso—, puesto que Irene Nicholson (traductora de Rosario Castellanos y Juan Rulfo, entre otros autores) fue integrante de la misma promoción a la que perteneció Hilman.

Al describir la integración de la novela de Fuentes a la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica, Martínez enfatiza la consolidación de las vertientes renovadoras que habían encontrado en esa serie editorial un nicho de convivencia con tendencias como la nacionalista y, al mismo tiempo, un espacio de prestigio con buena predisposición hacia los autores jóvenes procedentes del CME. El papel que, en esa atmósfera de convivencia más o menos pacífica, corresponde a Alfonso Reyes recibe atención suficiente para comprender hasta qué punto ese cierto equilibrio suponía, al menos, una aspiración funcional en la etapa en que fue publicada *La región más transparente*. También la figura de Reyes hace comprensible la inserción de Carlos Fuentes en el campo literario de México en la década de los cincuenta. La cercanía personal de Reyes y Fuentes constituye un elemento favorable y adicional al de la extracción social privilegiada de este último. Martínez explica la ausencia de cualquier pronunciamiento por parte de Reyes sobre la novela de su protegido debido al deseo de no perjudicarla públicamente, dado que en su momento había notificado a Fuentes su reserva con respecto al libro y cualquier juicio negativo habría repercutido de manera notoria en su acogida crítica. La preeminencia de Reyes, en este caso, se desprendía no solamente de su figura, pues el título de la novela, como recordará todo aquel que esté familiarizado con la obra, se deriva del epígrafe que encabeza el ensayo *Visión de Anáhuac*.

Martínez examina la documentación con la que Fuentes solicitó su ingreso como becario al CME y hace notar la brevedad con que postu-

la su proyecto, en contraste con la exposición prolija de otros aspirantes, cuyo contacto con el medio cultural y literario no contaba con las condiciones favorables que Fuentes había recibido desde sus primeros años de vida, tales como la educación, el acercamiento temprano con el idioma inglés y los múltiples cambios de residencia en distintos países. Este componente es un factor decisivo en la configuración de la imagen del autor empírico, a quien el público suele confundir con la función de autor implícito, creando así un embrollo que necesariamente permea la recepción de toda obra literaria y que se manifiesta, de manera notoria, en la respuesta desfavorable que tuvo la primera novela de Fuentes.

La exposición de los antecedentes de *La región más transparente* en el rubro de la novela urbana muestra este tema a la luz de su asimilación de la innovación técnica, rasgo que determina el relevo del paradigma narrativo del siglo XIX, donde obras como *La Rumba* o *Santa ya* presentaban una acción ubicada en el ámbito urbano, pero no suponían una evolución sustancial ni un rompimiento drástico con respecto a los antecedentes novelísticos de su época en México. Martínez encuentra en *El joven* (1928) de Salvador Novo un primer ejemplo de la síntesis aludida y establece un paralelismo entre esta novela y *La región más transparente* que se amplía al considerar, entre las fechas de aparición de ambas, la presencia de por lo menos tres novelas más: *Autopsia*, *Soledad* y *Los días terrenales*, cuyos respectivos autores (Pablo Palomino, Rubén Salazar Mallén y José Revueltas) representan un sector marginado por la crítica, sobre todo por razones de índole política en los dos últimos casos. La descripción de las condiciones de recepción que estas novelas enfrentaron es sucinta, pero sustancial y establece el hecho innegable de que la búsqueda de antecedentes históricos, en la categoría en la que cierta crítica entusiasta tendía a incluir la novela de Fuentes, descubre un panorama mucho más variado que el reconocido por esa misma tradición, como aquel en el que correspondería insertar *La región más transparente*.

En esta discordancia, pueden observarse los distintos ritmos con los que se desarrollan la tradición crítica y la disciplina de los estudios literarios que, por lo menos en cuanto a canonización de autores y textos, persiguen objetivos distintos y no siempre armónicos. De ahí la renuencia que la tradición crítica suele exhibir ante las conclusiones que aporta el estudio de la recepción crítica de una determinada obra (como el que aquí se reseña) cuando pone en tela de juicio numerosas imprecisiones, lugares comunes y versiones que la crítica literaria circunstancial ha fomentado y heredado de sus predecesores a lo largo de la trayectoria de prácticamente cualquier texto literario. Los datos que suele ofrecer una investigación, en verdad digna de ese nombre, son difíciles de asimilar por parte de quienes desempeñan la crítica literaria desde instancias más atentas a los nombres, novedades y tendencias en boga que a la sistematización de la historia de una literatura nacional.

Es necesario resaltar las distintas reseñas y textos donde pueden apreciarse las diversas reacciones críticas que tuvo *La región más transparente*. Martínez ha recurrido al archivo del Centro Mexicano de Escritores, resguardado desde el cierre de esa institución, en 2005, en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Sacar partido de esa amplia reunión de material procedente de diarios, suplementos culturales y revistas de variado perfil es un acierto, puesto que el investigador dispone de un amplio repertorio de textos críticos no siempre registrados en las bibliografías publicadas hasta la fecha, sea cual sea el objeto de interés entre los escritores egresados del CME. Al mismo tiempo, sin embargo, consultar los expedientes de los becarios exige invertir esfuerzo y tiempo para localizar los datos completos de cada recorte de prensa, ya que esa información no siempre consta en ellos. Esta segunda sección, la parte central del estudio, se habría beneficiado mucho más del repositorio descrito si hubiese incluido fechas y páginas precisas, pues éstas permitirían sistematizar con mayor claridad el desarrollo del debate crítico y la respectiva bibliografía, rasgos que se agradecerían especialmente en un estudio de recepción como el que Martínez desarrolla en los dos últimos capítulos del libro.

En esas primeras reseñas es notorio el tema de la originalidad de *La región más transparente*, en contraste con obras como *Ulises*, *Manhattan Transfer* o *Contrapunto*, entre las más aludidas. El desacuerdo de los reseñistas, e incluso el reproche por lo que se consideró, en su momento, como una adaptación fallida y tardía de técnicas a un escenario mexicano no apto, casi por naturaleza, para ese tipo de innovaciones, forma parte del proceso evolutivo de la literatura de México en la década de los cincuenta del siglo xx. Nuevamente se discute el acierto o relevancia de una obra que se adentra en los vericuetos de la “identidad mexicana”, tópico de la época que puede rastrearse con provecho en el proyecto editorial que, en el período comprendido entre 1955 y 1958, dirigió el mismo Fuentes junto con Emmanuel Carballo desde las páginas de la *Revista Mexicana de Literatura*, cuyo título da cuenta de la resolución que cierto sector del campo literario daba a dicho debate.

Las páginas de mayor interés se encuentran justo en esta sección final del libro, pues el lector asiste a una crónica del debate sobre la primera novela de Fuentes, donde no son menos importantes las identidades de críticos y reseñistas que las opiniones y juicios más o menos precipitados —en sentido contrario o favorable—, o incluso el nicho correspondiente a cada uno de los medios impresos que daban cabida a alusiones, comentarios y reseñas. Este aspecto, a menudo incomprendido por la crítica de índole literaria, tal vez reacia a verse retratada en la semblanza de sus predecesores, constituye la parte toral de cualquier estudio sobre la recepción de una obra y no debería, de entrada, fijarse excesivas restricciones en cuanto a las páginas

empleadas en un recuento cronológico pormenorizado, pues sólo este procedimiento garantiza que los elementos básicos del debate crítico se presenten. En contraste, un estudio de índole más analítica o puntual corre el riesgo de resaltar únicamente algunos aspectos en perjuicio del panorama más amplio, donde las relaciones entre los componentes históricos y sociales, que nunca dejan de incidir en la realidad del texto literario, no se mostrarán, desde luego, de forma total, pero sí, por lo menos, con mayor claridad. Las citas de cada texto recopilado son indispensables, pues facilitan que el lector siga al investigador en su deslinde de elementos del discurso crítico y de componentes de los horizontes de expectativas y de experiencia estética que transmiten una cierta apropiación de sentido. Son también la ventana a un pasado, mediante la cual el público puede percibir elementos a los que el mismo investigador no siempre presta atención suficiente.

Entre los pasajes críticos aquí recuperados destaca, por ejemplo, la nota periodística que Salvador Novo dedicó a *La región más transparente* en su columna del diario *Novedades* a principios de julio de 1958. Novo revela, con su franco entusiasmo por la primera novela de Fuentes, una identificación plena con el texto de uno de los escritores más presentes en el día a día del campo cultural de los años cincuenta en México. Su trayectoria y obvio interés por la herencia vanguardista, que suponía la asociación automática entre la innovación narrativa (técnica) y el ámbito urbano (escenario y tema), le hace comparar la respuesta crítica observada hasta esa fecha con la que en sus respectivos momentos obtuvieron obras como *La Calandria*, *Los de abajo* y *Ulises criollo*, pertenecientes a paradigmas novelísticos que oscilan entre una literatura todavía enraizada en el modelo decimonónico y algunos ejemplos de la llamada novela de la Revolución Mexicana. Ese interés se hace aun más patente al señalar que no recuerda una convulsión semejante en torno a ninguna novela reciente, aunque ya en 1955 *Pedro Páramo* de Juan Rulfo había dado pie a un debate notoriamente nutrido y tan polarizado como el que Martínez estudia en este libro. Las razones de ese relativo olvido son, por un lado, el empleo en el discurso periodístico de etiquetas que recurren a la hipérbole (“el libro más importante del año”, “el escritor del momento”, que Martínez subraya con oportunidad en su repaso de la crítica) y, por otro, la reivindicación que Novo emprende de su propia generación literaria y de sí mismo como escritor todavía identificado, en cierta forma, con la iconoclasia de las vanguardias, la cual está presente en una novela, cuyas libertades estilísticas eran desmesuradas en un medio literario como el mexicano, demasiado proclive a la solemnidad. La predisposición estética de Novo puede confirmarse en el hecho de que, aunque fue un lector tardío de Rulfo, se entusiasmó, hacia la mitad de la década de los sesenta, luego de su primer acercamiento a *El Llano en llamas*, como recuerda Alberto Vital en su biografía *Noticias sobre Juan Rulfo*.

Martínez asume una postura ecléctica que combina la opción cronológica y la perspectiva analítica, pues en el último capítulo del libro se concentra en revisar las reacciones de Alfonso Reyes, Rulfo, Emilio Uranga y del mismo Carlos Fuentes después de las que, a su juicio, fueron reseñas excesivamente negativas a pesar de la resonancia lograda, suficiente para suscitar una inmediata segunda edición de *La región más transparente*, que puso en circulación un total de nueve mil ejemplares en su primer año de existencia. Este dato indica un alto potencial de recepción pasiva, pues, como señala Martínez, la circulación pagada de ejemplares no expresa necesariamente una cantidad equivalente de lectores inmediatos. La elección de este método expositivo permite reconstruir un primer panorama de la recepción inicial de la novela de Fuentes, susceptible de profundización posterior. Los aciertos atestiguados en estos párrafos harían aconsejable no demorarla demasiado, ya que el estudio de esa etapa de la literatura mexicana aún necesita de numerosos esfuerzos en el rubro de la recepción y de la historia de la literatura que contribuyan a despejar los lugares comunes, malos entendidos, versiones y leyendas que se pretenden absolutas en torno a escritores y obras esenciales para comprender la actual literatura mexicana.

El capítulo final se cierra con un rápido repaso de la repercusión que tuvo la traducción de la novela al inglés en la prensa cultural mexicana, en concreto, de la táctica que consiste en apelar tanto al prestigio que supone la traducción a otro idioma como al que se atribuye a medios impresos norteamericanos, entre los que figuran *The New York Times* o *The New Yorker*. En esta última sección, se echa de menos la atención puntual a las reseñas aludidas, pero Martínez compensa ese proceder con una cita de la reseña de Anthony West para el último de esos medios impresos. Las objeciones de West a *La región más transparente* coincidían con muchas de las reacciones menos viscerales que la novela provocó durante su primer año de circulación en librerías.

Si hay algo que se le puede reprochar a este libro es la presencia de notorias erratas (e incluso un par de errores ortográficos) que delatan una falta de cuidado editorial. Sin embargo, la sustancia de la investigación las reduce a su dimensión justa. En cambio, el trabajo de Martínez Torres merece atención y examen como ejemplo de una labor dedicada a temas de investigación y análisis dentro del registro de la literatura mexicana del siglo xx, y de uno de sus autores más destacados. No es menos atendible la aparición de este libro en el programa editorial de una universidad alejada del centro de México, el cual suele acaparar la producción académica en el país, aunque no siempre con resultados tan estimulantes como las páginas aquí reseñadas.

JORGE ZEPEDA
El Colegio de México